Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
2	6	4	3	4	0
9	4	8	3	1	1
2	7	4	3	3	0
2	7	9	3	2	0
8	6	4	5	2	0

SOLUCION / Pág. 4

LOS DESPOJOS
(PRIMERA PARTE)

Página/2/3

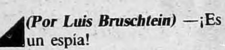


Verano/12



UN CABALLERO TEUTON





(Por Luis Bruschtein) —¡Es un espía!

—¡Es un degenerado mirón!

—¡Hay que colgarlo!

Pero el padre Max selló el destino de Rolf Hagendhorf:

—¡Hay que dejarlo ciego! —exclamó—. Suprimir la vía del pecado.

Per Trondheim, el vendedor de maquinaria agrícola, enarboló la horquilla de los cegadores; Igor Sternheilm, el dueño del almacén de ramos generales, gruñó de rabia; Reinhold Van der Zee, el acaparador de granos, crispó los puños, y todos los demás, Shak, Schaersbeek, Uleaborg y Tegethoff, entre ellos, gritaron de pie. Los notables de Colonia Moreno, segunda generación de inmigrantes luteranos de Baja Sajonia, exclamaron: "¡Rache! ¡Rache!" y apretaron los dientes.

Herr Hagendhorf permaneció en silencio junto al reverendo; vio acercarse el hierro candente a sus ojos y soportó el dolor como un caballero teutón, con un gesto despectivo y un suspiro ahogado. Fue un resplandor que partió la oscuridad, una puerta que se abre repentinamente y lo sorprende treinta años atrás acariciándose con la imagen fugaz de la tía Ilse bajo la ducha.

—¡Santa Virgen! —gritó la pobre Renate, una madre ya madura, mientras su hijo Rolf soltaba el sexo avergonzado—. Dios está en todas partes, todo sabe, todo ve.

Y esas dos frases, en ese día y en aquel momento convirtieron en certeza la elusiva sensación de ser observado que lo había inquietado desde antes. Así abandonó las posibles delicias de la privacidad solitaria o en compañía; se bañaba y dormía vestido y por supuesto nunca más imaginó siquiera amar a una mujer en el sentido vulgar de la palabra. Llegó incluso a disfrazar el inodoro como un sillón Luis XV y cuando su cuerpo lo requería, se sentaba dignamente con una levita cuyos faldones ocultaban cada pulgada obscena de piel y vellos.

Ese sentido del ridículo y de la vergüenza forjaron el don de gentes por el que los vecinos de Colonia Moreno preferían perdonar sus pequeñas excentricidades.

Porque Herr Hagendhorf había crecido sintiéndose observado, sin privacidad, sin mujer y sin sexo, hasta que el instinto pujó por convertir esa desventaja a su favor y lo tentó con los placeres de la mirada furtiva. Pagó prostitutas, las instaló en su habitación y las espió por la cerradura. Hizo lo mismo con sirvientas hasta que descubrió la excitación superior, la violación de la intimidad inocente, de las caricias y los goces sorprendidos. Y así fue sorprendido y no perdonado cuando espiaba a las mujeres de los notables del pueblo.

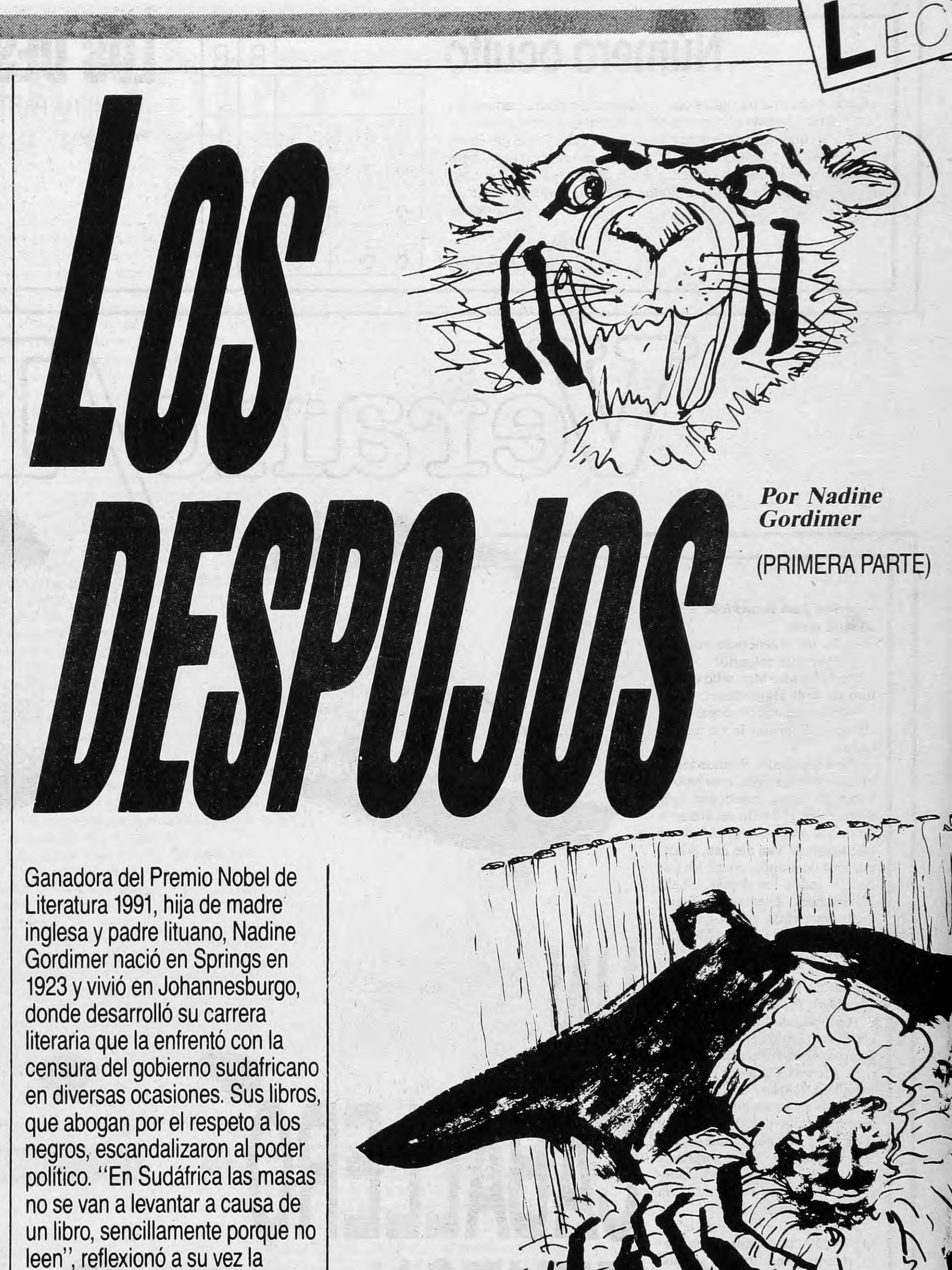
El hierro candente lo cegó, pero fue reemplazando los ojos por sus oídos. Aprendió a distinguir los pasos y las voces y sobornó al conserje de la posada El Jabalí para ocupar el cuarto vecino a la alcoba nupcial. El trasplante había sido tan eficaz que poco a poco sus oídos se convirtieron también en una fuente de placer.

Se ponía una peluca rubia de mujer y se acostaba para que llegaran a sus oídos palabras de amor, los suspiros y los jadeos. Más tarde fue la peluca y medias negras de red, hasta que se vistió de hembra completa para envolverse con los murmullos y los quejidos de la habitación vecina. Había reemplazado la mirada aguda, penetrante, viril, por la escucha pasiva que lo obligaba a abrirse y relajarse a la espera de los sonidos y las sensaciones. Tomó conciencia de que al quitarle los ojos le habían cambiado el sexo.

LOS DESPOJOS

Por Nadine Gordimer

(PRIMERA PARTE)



En el calor de tu cama tus propios pedos llevan a tu nariz el hedor de la carne podrida: las chuletas de cordero que devoraste anoche. Sazonado con romero y con adornos funerales de papelitos recortados (Nota del traductor: en el original *papel frill*, papelitos recortados que se emplean para adornar las carnes asadas en los países anglosajones) en los huesos cortados. Otro cadáver digerido.

—Entonces hazte vegetariano.

Ella lo había escuchado demasiadas veces antes; estaba harta, harta de que yo estuviera harto de eso. Harta de las cosas que digo, que salen a la superficie de vez en cuando.

—No quiero oir más.

Estamos escuchando las noticias.

—¿De qué? De qué estás despotricando. ¿De qué?

Desde luego de qué. No: contra qué. De que no quiero oir más del chiquillo que tiró una piedra a la policía, que le rompió los dos brazos, siendo sodomizado por los presos en cuya celda lo introdujeron, el diplomático secuestrado y el grupo (hombres como yo y mujeres como ella) que envió su cuarto dedo por correo a su familia, la muchacha empapada de gasolina y quemada viva por traidora, los muertos de hambre por la sequía y los muertos por las inundaciones, lejos de aquí, y el hijo de 19 años del señor y la señora muerto por la tremenda vibración elemental de 220 voltios mientras pintaba con pistola eléctrica su motocicleta, cerca de aquí. Lo planeado, ideado, ejecutado por gente como yo, o lo azaroso, lo indiferente, ejecutado sin sentido por fuerzas elementales. Sin sentido. ¿Por qué hay más sentido en los actos conscientes que producen cadáveres? La conciencia es autoengaño. La inteligencia es una mentirosa.

—No es que tus pensamientos sean muy elevados. Así es la vida.

Su filosofía de salón de belleza. Rancia, animal, pasiva. Quisiera o no elegir, da igual, no puedo dejarlo de lado.

La necrofilia diaria.

—Entonces hazte vegetariano.

Entre otra gente a nadie se le ocurriría que algo va mal. El se da cuenta; ella se da cuenta de que él se da cuenta, un tanto orgulloso de aparecer tal como ellos piensan que es, contribuyendo a la reunión con lo que de él se espera. El grupo del fin de semana invitado a un pabellón de caza en una reserva privada en el que se encuentra el hombre práctico e improvisador, el payaso que se quema los dedos en el fuego del campamento y provoca las risas, la mujer que pasa el tiempo preparando la comida de todos, la chica guapa que trae animación sexual de la compañía, el vividor que tiene a todos bebiendo hasta muy tarde, el tranquilo que contempla los chaparrales, un par de nuevos, que son el lastre, que no se sabe si van a aportar algo a una conversación. ¿Por qué no aceptamos? ¿No? Bueno. ¿Qué se te ocurre que pueda salir mejor? Dilo.

Nada.

¡Entonces, qué!

El, en contraste con el payaso, el seductor, el ingenioso. Sabe cuáles son las debilidades de cada uno, es el que empieza a contar anécdotas, el que hace las burlas amistosas que llevan a que la gente se sienta original.

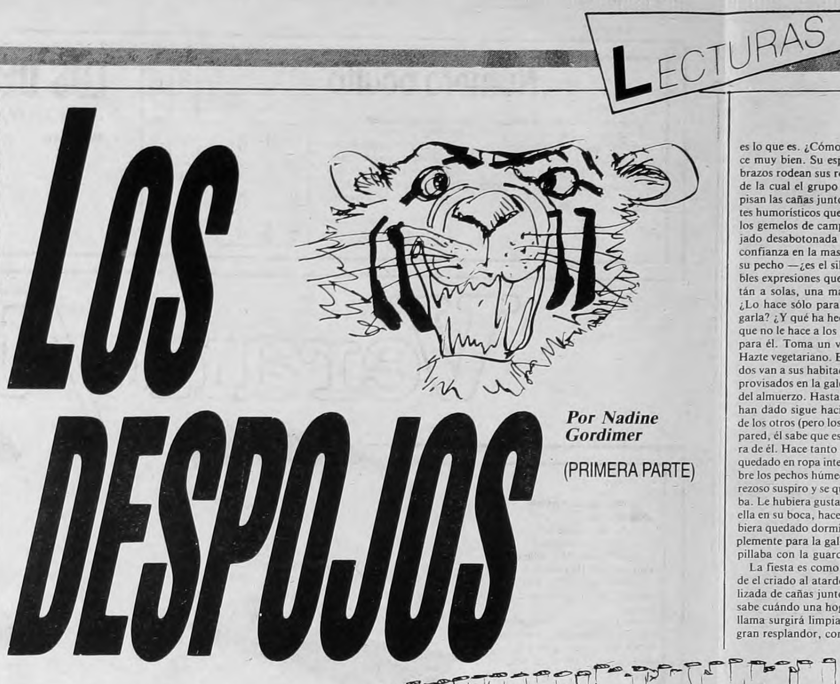
Cada cual tiene su temperamento, pero todos son amantes de la naturaleza. Nadie tiene por qué avergonzarse de nada, ni siquiera él. Es el amor a la vida natural lo que los une: la pareja adinerada prefiere tener una reserva y un pabellón de caza en vez de caballos de carreras o yates, la chica guapa que es modelo o trabaja en relaciones públicas, el vividor propietario de una firma minera, el audaz agente de bolsa, el joven médico que trabaja por un sueldo de oficinista en un hospital para negros, el payaso del anticuario... Y él no tiene derecho a sentirse superior —ni en seriedad ni en moralidad (lo sabe)— entre ese grupo, porque en él se encuentra un joven que ha estado en la cárcel por motivos políticos. Este no critica las diversiones que se permiten los otros blancos, mientras dure el régimen por cuya destrucción arriesgó su libertad, por cuya destrucción será capaz de matar.

Así es la vida.

Comportarse —sin que lo perciban— como se espera de uno significa también una protección de lo que se es realmente ahora. Tal vez lo que se ve, el ingenioso seductor,

Ganadora del Premio Nobel de Literatura 1991, hija de madre inglesa y padre lituano, Nadine Gordimer nació en Springs en 1923 y vivió en Johannesburgo, donde desarrolló su carrera literaria que la enfrentó con la censura del gobierno sudafricano en diversas ocasiones. Sus libros, que abogan por el respeto a los negros, escandalizaron al poder político. "En Sudáfrica las masas no se van a levantar a causa de un libro, sencillamente porque no leen", reflexionó a su vez la escritora. Apenas legalizado el Congreso Nacional Africano (CNA), Gordimer se sumó a sus filas. Entre sus obras se destacan "La suave voz de la serpiente", "Un mundo de extraños", "El conservacionista", "El pueblo de Julio", "Un invitado de honor", "La hija de Burgher" y "La historia de mi hijo". El relato que se publica a continuación pertenece al libro "Hay algo ahí afuera", inédito en la Argentina.

LOS DESPOJOS



Por Nadine Gordimer

(PRIMERA PARTE)

Ganadora del Premio Nobel de Literatura 1991, hija de madre inglesa y padre lituano, Nadine Gordimer nació en Springs en 1923 y vivió en Johannesburgo, donde desarrolló su carrera literaria que la enfrentó con la censura del gobierno sudafricano en diversas ocasiones. Sus libros, que abogan por el respeto a los negros, escandalizaron al poder político. "En Sudáfrica las masas no se van a levantar a causa de un libro, sencillamente porque no leen", reflexionó a su vez la escritora. Apenas legalizado el Congreso Nacional Africano (CNA), Gordimer se sumó a sus filas. Entre sus obras se destacan "La suave voz de la serpiente", "Un mundo de extraños", "El conservacionista", "El pueblo de Julio", "Un invitado de honor", "La hija de Burgher" y "La historia de mi hijo". El relato que se publica a continuación pertenece al libro "Hay algo ahí afuera", inédito en la Argentina.

En el calor de tu cama tus propios pedos llevan a tu nariz el hedor de la carne podrida: las chuletas de cordero que devoraste anoche. Sazonado con romero y con adornos funerales de papelitos recortados (Nota del traductor: en el original *papel frill*, papelitos recortados que se emplean para adornar las carnes asadas en los países anglosajones) en los huesos cortados. Otro cadáver digerido.

—Entonces hazte vegetariano.

Ella lo había escuchado demasiadas veces antes; estaba harta, harta de que yo estuviera harto de eso. Harta de las cosas que digo, que salen a la superficie de vez en cuando.

—No quiero oír más.

Estamos escuchando las noticias.

—¿De qué? De qué estás despotricando. ¿De qué?

Desde luego de qué. No: contra qué. De que no quiero oír más del chiquillo que tiró una piedra a la policía, que le rompió los dos brazos, siendo sodomizado por los presos en cuya celda lo introdujeron, el diplomático secuestrado y el grupo (hombres como yo y mujeres como ella) que envió su cuarto dedo por correo a su familia, la muchacha empapada de gasolina y quemada viva por traidora, los muertos de hambre por la sequía y los muertos por las inundaciones, lejos de aquí, y el hijo de 19 años del señor y la señora muerto por la tremenda vibración elemental de 220 voltios mientras pintaba con pistola eléctrica su motocicleta, cerca de aquí. Lo planeado, ideado, ejecutado por gente como yo, o lo azaroso, lo indiferente, ejecutado sin sentido por fuerzas elementales. Sin sentido. ¿Por qué hay más sentido en los actos conscientes que producen cadáveres? La conciencia es autoengaño. La inteligencia es una mentirosa.

—No es que tus pensamientos sean muy elevados. Así es la vida.

Su filosofía de salón de belleza. Rancia, animal, pasiva. Quisiera o no elegir, da igual, no puedo dejarlo de lado.

La necrofilia diaria.

—Entonces hazte vegetariano.

Entre otra gente a nadie se le ocurriría que algo va mal. El se da cuenta; ella se da cuenta de que él se da cuenta, un tanto orgulloso de aparecer tal como ellos piensan que es, contribuyendo a la reunión con lo que de él se espera. El grupo del fin de semana invitado a un pabellón de caza en una reserva privada en el que se encuentra el hombre práctico e improvisador, el payaso que se quema los dedos en el fuego del campamento y provoca las risas, la mujer que pasa el tiempo preparando la comida de todos, la chica guapa que trae animación sexual de la compañía, el vividor que tiene a todos bebiendo hasta muy tarde, el tranquilo que contempla los chaparrales, un par de nuevos, que son el lastre, que no se sabe si van a aportar algo a una conversación. ¿Por qué no aceptamos? ¿No? Bueno. ¿Qué se te ocurre que pueda salir mejor? Dilo.

Nada.

¡Entonces, qué!

El, en contraste con el payaso, el seductor, el ingenioso. Sabe cuáles son las debilidades de cada uno, es el que empieza a contar anécdotas, el que hace las burlas amistosas que llevan a que la gente se sienta original.

Cada cual tiene su temperamento, pero todos son amantes de la naturaleza. Nadie tiene por qué avergonzarse de nada, ni siquiera él. Es el amor a la vida natural lo que los une: la pareja adinerada prefiere tener una reserva y un pabellón de caza en vez de caballos de carreras o yates, la chica guapa que es modelo o trabaja en relaciones públicas, el vividor propietario de una firma minera, el audaz agente de bolsa, el joven médico que trabaja por un sueldo de oficinista en un hospital para negros, el payaso del anticuario... Y él no tiene derecho a sentirse superior —ni en seriedad ni en moralidad (lo sabe)— entre ese grupo, porque en él se encuentra un joven que ha estado en la cárcel por motivos políticos. Este no critica las diversiones que se permiten los otros blancos, mientras dure el régimen por cuya destrucción arriesgó su libertad, por cuya destrucción será capaz de matar.

Así es la vida.

Comportarse —sin que lo perciban— como se espera de uno significa también una protección de lo que se es realmente ahora. Tal vez lo que se ve, el ingenioso seductor, es lo que es. ¿Cómo podría saberlo? Lo hace muy bien. Su esposa lo ve descalzo, sus brazos rodean sus rodillas en la galería desde la cual el grupo mira a los búfalos que pisan las cañas junto al río, escucha los partes humorísticos que hace mientras mira por los gemelos de campaña, se fija que ha dejado desabotonada la camisa, en una sana confianza en la masculinidad bronceada de su pecho —¿es el silencio, las incomprensibles expresiones que de él salen, cuando están a solas, una manera de atormentarla? ¿Lo hace sólo para molestarla, para castigarla? ¿Y qué ha hecho ella para merecer lo que no le hace a los otros? Que se lo guarde para él. Toma un valium. Cualquier cosa. Hazte vegetariano. En el calor de la tarde todos van a sus habitaciones o a sus lechos improvisados en la galería para dormir el vino del almuerzo. Hasta en la habitación que les han dado sigue haciendo, fuera de la vista de los otros (pero los separa únicamente una pared, él sabe que están allí), lo que se espera de él. Hace tanto calor que los dos se han quedado en ropa interior. Pasa una mano sobre los pechos húmedos de ella, lanza un perezoso suspiro y se queda dormido boca arriba. Le hubiera gustado meter los pezones de ella en su boca, hacerle el amor, si no se hubiera quedado dormido, ¿o fue su gesto simplemente para la galería por si el público lo pillaba con la guardia bajada?

La fiesta es como la hoguera que enciende el criado al atardecer dentro de la empalizada de cañas junto al pabellón. Nunca se sabe cuándo una hoguera echará humo o la llama surgirá limpiamente, provocando un gran resplandor, como ésta. Nunca se sabe cuándo una pequeña reunión estará poco animada, sosa, o cuándo, como esta vez, se inflamará y será de lo más brillante. La ceremonia de la cena resultó un poco ridícula, pero quizá fuera ésa la intención, y divertida. Una parodia de los antiguos tiempos coloniales: la empalizada contra las bestias salvajes, el negro que toca el tambor anunciando la cena, las sillas cuidadosamente colocadas por él como si fuera una reunión misionera de rezos, bien lejos de la hoguera, el whisky y el vino, el olor de la carne chamuscada sobre la parrilla. Mirad arriba: la primera estrella en la neblina es la luz del mástil de un navío que sale, que suelta amarras, que rompe con este mundo. Mirad abajo: las llamas azules son más que la grasa que se quema, hay huesos roídos sobre la tierra barrida. Ha bebido mucho, ella se ha dado cuenta: para poder aguantarlo, se dice a sí mismo.

El fuego se retuerce bajo la ceniza y la orquesta de insectos de la cena, cuyos instrumentos son sus propios cuerpos, las patas frotándose unas contra otras, las alas rozando contra los carapachos, fue silenciada por la luna que sale. Pero las risas continúan. En la noche grande, no empequeñecida por edificios, no estorbada por postes y cables, ni ahuecada por farolas ni luces de las ventanas en recintos habitables, las risas, las voces, son sonidos vagabundos que en un momento suben directa y audazmente al espacio, al siguiente forman una onda tan débil que muere nada más salir de los labios. Todos se interrumpen entre sí, discuten, bromean.

Hay momentos de aspereza: las uvas que están comiendo forman un jugo ácido al ser mordidas. Uno de los invitados tranquilos se ha vuelto comunicativo como hacen quienes nunca se atreven a expresar ideas u opiniones propias pero pueden reproducir, cuando un tema ofrece la oportunidad, información que han leído o almacenado. Murciélagos; trapos que giran y son más oscuros en la oscuridad (alguien comenta, cuando una mujer se encoge temerosa, que el miedo que se les tiene procede de que no se les oye aproximarse).

—Si tienes los ojos cerrados y un pájaro te sobrevuela oyes la resistencia del aire contra sus alas.

—Y tampoco puedes distinguir cómo es un murciélago, dónde está la cabeza, es una cosa, ¡ag!

El invitado tranquilo ya estaba explicando que no, que los murciélagos no chocan contigo, pero no porque, como el vulgo cree, tengan un sistema de radar en el cuerpo; su sistema es sonar o de detección por sonda ecoica.

—Llevo un abrigo de piel de leopardo.

La desafiante manifestación en voz de soprano, que salió de una subconversación, rompe su monólogo y le hace perder su atención.

Es la chica guapa; se ha puesto una crema protectora porque ha estado todo el día al sol y la estructura de sus huesos refleja elegantemente la luz frágil que viene de la media luna, del aleteo casual de una llama que surge de la hoguera o del halo de un encendedor. Es casi hermosa.

—¡Has oído!

—Glynis, ¿dónde has encontrado a esta chica?

—¿La dejamos fuera para que se la coma su presa, poniéndola sobre una roca?

—Por desgracia, por aquí no hay leopardos.

—No, porque las personas los matan para hacer abrigos de piel.

El ingenioso no estuvo a la altura de su reputación, simplemente repitió en una paráfrasis más aguda, más personal, lo que había dicho no se sabe quién. Habló directamente a la chica, mientras los otros hacían como que se indignaban alrededor de ella.

—El abrigo le sentaría mejor al leopardo que a ti.

Pero la consecuencia, ni enteramente conservacionista ni estética, pareció estimular el interés de la chica por aquel hombre. Se dio cuenta de su existencia, en el sentido real, por primera vez.

—Espera hasta que me veas cuando lo lleve.

Justamente el toque adecuado de independencia, de hostilidad.

—Pues a lo mejor.

Fue un subintercambio, bajo la conversación de los otros; había acertado, respondiendo con la insinuación mediante la cual hombres y mujeres reconocen las correspondencias químicas que se producen entre unos y otros. Y luego lo dijo, fue guiada hacia ello como un murciélago, por detección de sonda ecoica o como se llame, por algo que salía vibrando de la repugnancia que había en él.

—¿Te gustaría más que llevara un abrigo de piel? ¿Te gusta el cordero, verdad?

Le fue fácil dejar el asunto en aquel entrecruzarse de risas y de charlas, entrar en otro nivel y dejarlo a un lado. Le atrae otro sitio, tal vez haya un refugio, agarrarse al ex prisionero político. El prisionero sostiene la mano de su pálida chica que tiene dientes grandes y los enseña nerviosamente; ninguna belleza, todo amor. El último lugar para buscar el amor es la belleza, la belleza es sólo una piel, la de la criatura o la de otro animal, que cubre la descomposición. El amor se encuentra en la prisión, esta no-belleza lo ha amado cuando su cuerpo no estaba allí; y él ama a sus hermanos, habla de ellos, no emplea la palabra pero el sentido está muy claro aunque vivan encerrados en sus cubos de inmundicia, ama hasta a los asesinos cuyas canciones de muerte nocturnas escuchaba antes de que se los llevaran para ahorcarlos por la mañana.

—¿Delincuentes comunes? ¿En este país? ¿Con leyes como las nuestras? Oh, sí, a nosotros los políticos nos tenían aparte, pero con el tiempo (estuve allí diez meses, conseguimos comunicarnos. Hay tantas maneras que no se te ocurren cuando estás fuera, porque no las necesitas). A uno de ellos, joven, de mi edad, lo habían declarado ya delincuente habitual, estaba con una sentencia indeterminada. La detención es también una sentencia indeterminada, así que en cierta manera pude tener alguna idea...

—Tú no mataste ni robaste, él debió hacerlo un montón de veces.

—Claro que sí. Pero yo no he nacido siendo el bastardo de una criada que no tenía más casa que la habitación en la parte trasera de la vivienda de una mujer blanca. A mí no me mandaron a un *homeland* donde una mujer que se suponía que debía cuidarme se moría de hambre y siguió a su hombre a un campamento de trashumantes de Ciudad del Cabo en busca de trabajo. No he tenido que pedir limosna por las calles, ni robar lo que necesitaba para comer, ni esnifar cola para consolarme un poco. Tuvo su primera ropa, su primera cama de verdad cuando se metió en una pandilla de ladrones de coches. Gente común, delincuentes comunes.

Una historia común y lacrimosa.

—Si te hubiera conocido fuera de la cárcel te hubiera dado una puñalada para quitarte el reloj.

—¡Posiblemente! ¿Eres capaz de decir "esto es mío" a la gente cuya tierra le fue arrebatada mediante conquista, un gigantesco atraco a punta de pistola imperial?

Y las bombas en las calles, en los automóviles, en los supermercados, que maten con un fin moral, necesario, no con intención criminal (si ser criminal es matar en beneficio propio), no lo desconcierten, no convierten en carroña a la fraternidad. Es lo suficientemente valeroso como para tragárselo. No se atraganta.

VIÑUELA

es lo que es. ¿Cómo podría saberlo? Lo hace muy bien. Su esposa lo ve descalzo, sus brazos rodean sus rodillas en la galería desde la cual el grupo mira a los búfalos que pisan las cañas junto al río, escucha los partes humorísticos que hace mientras mira por los gemelos de campaña, se fija que ha dejado desabotonada la camisa, en una sana confianza en la masculinidad bronceada de su pecho —¿es el silencio, las incomprensibles expresiones que de él salen, cuando están a solas, una manera de atormentarla? ¿Lo hace sólo para molestarla, para castigarla? ¿Y qué ha hecho ella para merecer lo que no le hace a los otros? Que se lo guarde para él. Toma un valium. Cualquier cosa. Hazte vegetariano. En el calor de la tarde todos van a sus habitaciones o a sus lechos improvisados en la galería para dormir el vino del almuerzo. Hasta en la habitación que les han dado sigue haciendo, fuera de la vista de los otros (pero los separa únicamente una pared, él sabe que están allí), lo que se espera de él. Hace tanto calor que los dos se han quedado en ropa interior. Pasa una mano sobre los pechos húmedos de ella, lanza un perezoso suspiro y se queda dormido boca arriba. Le hubiera gustado meter los pezones de ella en su boca, hacerle el amor, si no se hubiera quedado dormido, ¿o fue su gesto simplemente para la galería por si el público lo pillaba con la guardia bajada?

La fiesta es como la hoguera que enciende el criado al atardecer dentro de la empalizada de cañas junto al pabellón. Nunca se sabe cuándo una hoguera echará humo o la llama surgirá limpiamente, provocando un gran resplandor, como ésta. Nunca se sabe cuándo una pequeña reunión estará poco animada, sosa, o cuándo, como esta vez, se inflamará y será de lo más brillante. La ceremonia de la cena resultó un poco ridícula, pero quizá fuera ésa la intención, y divertida. Una parodia de los antiguos tiempos coloniales: la empalizada contra las bestias salvajes, el negro que toca el tambor anunciando la cena, las sillas cuidadosamente colocadas por él como si fuera una reunión misionera de rezos, bien lejos de la hoguera, el whisky y el vino, el olor de la carne chamuscada sobre la parrilla. Mirad arriba: la primera estrella en la neblina es la luz del mástil de un navío que sale, que suelta amarras, que rompe con este mundo. Mirad abajo: las llamas azules son más que la grasa que se quema, hay huesos roídos sobre la tierra barrida. Ha bebido mucho, ella se ha dado cuenta: para poder aguantarlo, se dice a sí mismo.

El fuego se retuerce bajo la ceniza y la orquesta de insectos de la cena, cuyos instrumentos son sus propios cuerpos, las patas frotándose unas contra otras, las alas rozando contra los carapachos, fue silenciada por la luna que sale. Pero las risas continúan. En la noche grande, no empequeñecida por edificios, no estorbada por postes y cables, ni ahuecada por farolas ni luces de las ventanas en recintos habitables, las risas, las voces, son sonidos vagabundos que en un momento suben directa y audazmente al espacio, al siguiente forman una onda tan débil que muere nada más salir de los labios. Todos se interrumpen entre sí, discuten, bromean.

Hay momentos de aspereza: las uvas que están comiendo forman un jugo ácido al ser mordidas. Uno de los invitados tranquilos se ha vuelto comunicativo como hacen quienes nunca se atreven a expresar ideas u opiniones propias pero pueden reproducir, cuando un tema ofrece la oportunidad, información que han leído o almacenado. Murciélagos; trapos que giran y son más oscuros en la oscuridad (alguien comenta, cuando una mujer se encoge temerosa, que el miedo que se les tiene procede de que no se les oye aproximarse).

—Si tienes los ojos cerrados y un pájaro te sobrevuela oyes la resistencia del aire contra sus alas.

—Y tampoco puedes distinguir cómo es un murciélago, dónde está la cabeza, es una cosa, ¡ag!

El invitado tranquilo ya estaba explicando que no, que los murciélagos no chocan contigo, pero no porque, como el vulgo cree, tengan un sistema de radar en el cuerpo; su sistema es sonar o de detección por sonda ecoica.

—Llevo un abrigo de piel de leopardo.

La desafiante manifestación en voz de soprano, que salió de una subconversación, rompe su monólogo y le hace perder su atención.

Es la chica guapa; se ha puesto una crema protectora porque ha estado todo el día al sol y la estructura de sus huesos refleja elegantemente la luz frágil que viene de la media luna, del aleteo casual de una llama que surge de la hoguera o del halo de un encendedor. Es casi hermosa.

—¡Has oído!

—Glynis, ¿dónde has encontrado a esta chica?

—¿La dejamos fuera para que se la coma su presa, poniéndola sobre una roca?

—Por desgracia, por aquí no hay leopardos.

—No, porque las personas los matan para hacer abrigos de piel.

El ingenioso no estuvo a la altura de su reputación, simplemente repitió en una paráfrasis más aguda, más personal, lo que había dicho no se sabe quién. Habló directamente a la chica, mientras los otros hacían como que se indignaban alrededor de ella.

—El abrigo le sentaría mejor al leopardo que a ti.

Pero la consecuencia, ni enteramente conservacionista ni estética, pareció estimular el interés de la chica por aquel hombre. Se dio cuenta de su existencia, en el sentido real, por primera vez.

—Espera hasta que me veas cuando lo lleve.

Justamente el toque adecuado de independencia, de hostilidad.

—Pues a lo mejor.

Fue un subintercambio, bajo la conversación de los otros; había acertado, respondiendo con la insinuación mediante la cual hombres y mujeres reconocen las correspondencias químicas que se producen entre unos y otros. Y luego lo dijo, fue guiada hacia ello como un murciélago, por detección de sonda ecoica o como se llame, por algo que salía vibrando de la repugnancia que había en él.

—¿Te gustaría más que llevara un abrigo de piel? ¿Te gusta el cordero, verdad?

Le fue fácil dejar el asunto en aquel entrecruzarse de risas y de charlas, entrar en otro nivel y dejarlo a un lado. Le atrae otro sitio, tal vez haya un refugio, agarrarse al ex prisionero político. El prisionero sostiene la mano de su pálida chica que tiene dientes grandes y los enseña nerviosamente; ninguna belleza, todo amor. El último lugar para buscar el amor es la belleza, la belleza es sólo una piel, la de la criatura o la de otro animal, que cubre la descomposición. El amor se encuentra en la prisión, esta no-belleza lo ha amado cuando su cuerpo no estaba allí; y él ama a sus hermanos, habla de ellos, no emplea la palabra pero el sentido está muy claro aunque vivan encerrados en sus cubos de inmundicia, ama hasta a los asesinos cuyas canciones de muerte nocturnas escuchaba antes de que se los llevaran para ahorcarlos por la mañana.

—¿Delincuentes comunes? ¿En este país? ¿Con leyes como las nuestras? Oh, sí, a nosotros los políticos nos tenían aparte, pero con el tiempo (estuve allí diez meses, conseguimos comunicarnos. Hay tantas maneras que no se te ocurren cuando estás fuera, porque no las necesitas). A uno de ellos, joven, de mi edad, lo habían declarado ya delincuente habitual, estaba con una sentencia indeterminada. La detención es también una sentencia indeterminada, así que en cierta manera pude tener alguna idea...

—Tú no mataste ni robaste, él debió hacerlo un montón de veces.

—Claro que sí. Pero yo no he nacido siendo el bastardo de una criada que no tenía más casa que la habitación en la parte trasera de la vivienda de una mujer blanca. A mí no me mandaron a un *homeland* donde una mujer que se suponía que debía cuidarme se moría de hambre y siguió a su hombre a un campamento de trashumantes de Ciudad del Cabo en busca de trabajo. No he tenido que pedir limosna por las calles, ni robar lo que necesitaba para comer, ni esnifar cola para consolarme un poco. Tuvo su primera ropa, su primera cama de verdad cuando se metió en una pandilla de ladrones de coches. Gente común, delincuentes comunes.

Una historia común y lacrimosa.

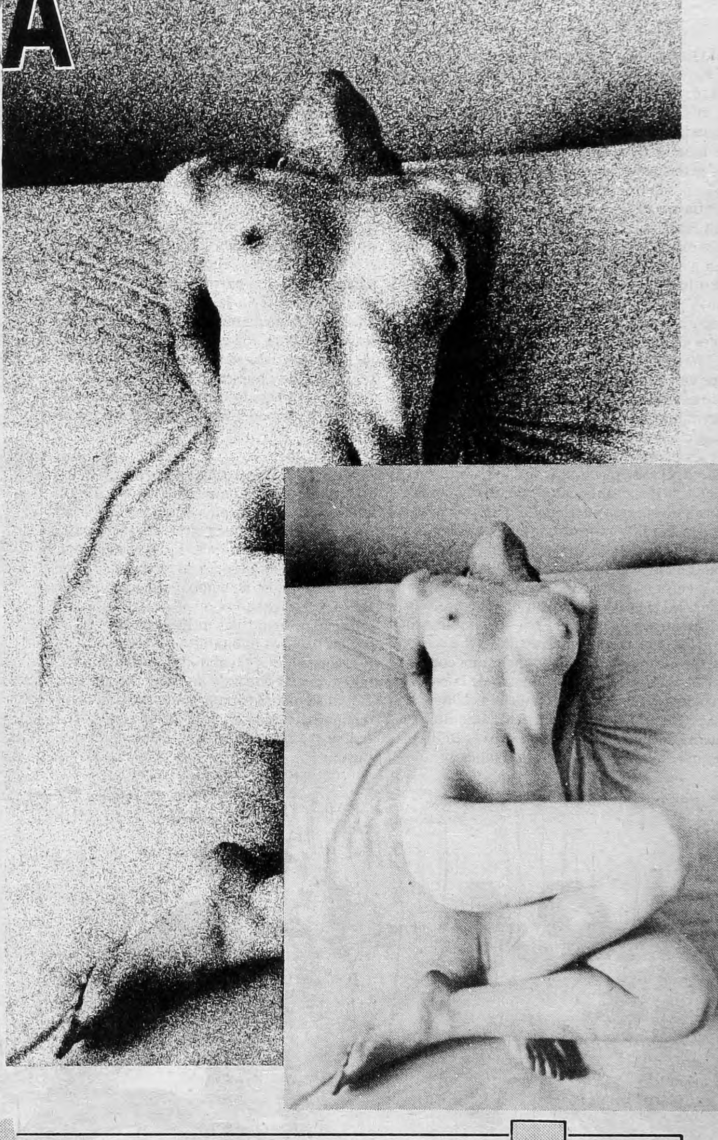
—Si te hubiera conocido fuera de la cárcel te hubiera dado una puñalada para quitarte el reloj.

—¡Posiblemente! ¿Eres capaz de decir "esto es mío" a la gente cuya tierra le fue arrebatada mediante conquista, un gigantesco atraco a punta de pistola imperial?

Y las bombas en las calles, en los automóviles, en los supermercados, que maten con un fin moral, necesario, no con intención criminal (si ser criminal es matar en beneficio propio), no lo desconcierten, no conviertan en carroña a la fraternidad. Es lo suficientemente valeroso como para tragárselo. No se atraganta.



LA PORTADORA



Folletín erótico
de Pedro Lipcovich

13. Vedetina

En tarde calurosa, Viviana y su amiga Betti conversan en un bar. Betti usa una prenda llamada vedetina. La vedetina de Betti es de color blanco y adelante tiene una perlita artificial; su borde superior, como el de todas las vedetinas, es cóncavo de modo que el centro, allí donde está la perlita, viene a coincidir con el comienzo del vello del pubis de Betti, visible de todos modos a través de la tela calada de la vedetina. En realidad, sólo los lectores del folletín pueden ver la vedetina, ya que está cubierta por la pollera de Betti. La palabra "vedetina" proviene de *vedette*; las *vedettes* son mujeres que triunfan en los escenarios y conocen las claves del sexo y de los hombres. La vedetina fue vendida por la misma Betti que después la recibió de regalo: ella es empleada en un lugar dedicado a la venta de ésa y otras prendas, pero para terminar de entender esto conviene escuchar lo que Betti le está contando a Viviana, y ella está contenta por tener algo que contar y tal vez lo que más le importa de lo que cuenta es tener qué contar.

El había vacilado un rato largo frente a la vidriera. Por fin entró, fue hacia Betti pero tropezó en las palabras al pedir, este, unas medias. ¿Pantys? Sí, sí, pantys. ¿Para regalo?, aventuró ella, y la sonrisa de Viviana al escucharla evoca la sonrisa de Betti al preguntar. El llevaba alianza en la mano izquierda. No, es decir, sí, para regalo. El volvió a la semana, y volvió después. Betti estaba un poco desconcertada. Cuando el cliente es hombre la vendedora suele darse cuenta de si la compra es para la esposa o para otra mujer o incluso para él mismo. La vendedora resulta íntima: ella sabe el secreto de ese hombre. Y ella tiene un papel en cada juego; si es ropa para amante sus manos que dan forma a las telas, los encajes, prefiguran el cuerpo de la otra. Y aun el destino de la compra puede ceder ante el juego entre ella y él, entre vendedora y comprador; en el hombre, quizá de más viril presencia, que quiere ropa de mujer para sí mismo, quién sabe si se trata de obtener de los ojos de ella, en el momento en que lo advierte femenino, esa brevísima fuerte luz de desprecio, más exquisita que el amor.

El hecho es que él volvió y volvió a volver, se atrevió a las sedas, los colores, los corpiños, las vedetinas: envuelto para regalo. ¿Para quién? No para la designada por el anillo, pero tampoco terminaba de ser para otra: ¿para él mismo?, no, tampoco. Un día él apareció cargado de paquetes, tantos que se le caían, los mismos que ella había hecho uno por uno, te traigo unos regalos. La miraba, casi ridículo, y ella lo aceptó por eso, o quizá para tener algo que contarle a Viviana.

La tarde es calurosa, la vedetina de Betti está un poco húmeda. Betti mira su reloj. No falta mucho para que, entre las manos de él, la vedetina se deslice por los muslos de ella. Betti tiene un poco de vergüenza: ¿no le parecerá tonta a Viviana, a quien fuese, su pequeña historia? Betti quisiera vivir una historia especial pero todas sus historias son tontas, comunes. A veces Betti envidia a Viviana, portadora, ella que teme no ser para nadie portadora de nada, bueno o malo.

—¿Y Claudio? —pregunta. Claudio volvió con Viviana. Claudio dejó a la otra, a Marta; Claudio le cuenta a la familia, les cuenta a todos que sale con la portadora. La invitó a comer a su casa, la va a presentar.

—No me gusta —dice Betti. No sabe, presiente. Cuidate, dice Betti. Viviana la mira en silencio. Betti quisiera decir por qué pero no sabe, cuidate. Se ha hecho tarde; él la está esperando.

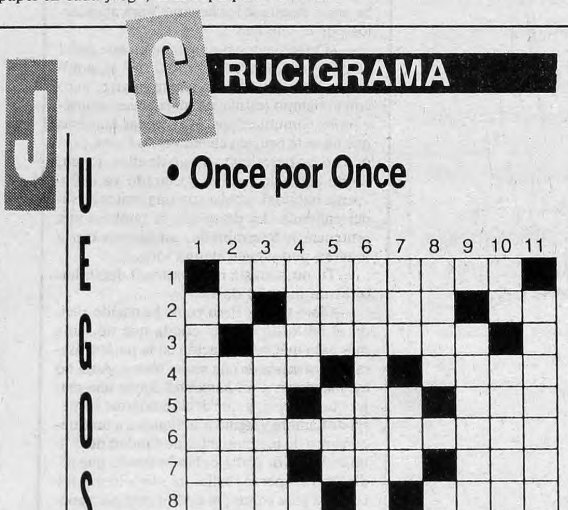
(Luego, cuando la vedetina quede junto a sus pies, Betti de pronto pensará en el mal, que también puede nadar en el interior de él, o de ella. Tratará de decírselo, tropezará en las palabras, la cara de él se pondrá áspera: él confía en ella, ¿no confía ella en él? Betti vacilará, temerá que se pierda su historia pequeña, la única que tiene para contar, y cederá; sin ningún presentimiento.)

(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA

• Once por Once



HORIZONTALES

1. Débil, en decadencia.
2. Abreviatura de ibidem./ Espacio con vegetación en un desierto./ Símbolo del Brahma.
3. Coloque, disponga.
4. Madera más larga que gruesa./ Querer apasionadamente.
5. Ave de plumaje pardo./ Sufijo: tumor./ Letra del alfabeto griego.
6. Acción de destruir.
7. Río de Siberia./ Papagayo./ Décima consonante castellana.
8. Confusión./ Elevar.
9. Escandinava.
10. Abreviatura de avenida./ Instrumento musical./ Existe.
11. Domarán, domesticarán.

VERTICALES

1. Indecencia.
2. Decibel./ Limpia el grano con el arel./ Acude.
3. Esperanza infundada.
4. Fruto de las coníferas./ Caldo con arroz, verduras o fideos.
5. Igualdad de nivel en la superficie de las cosas./ Aféresis de ahora./ Río de Europa.
6. Aguijoneadas, incitadas.
7. Piadosa./ Arbol venezolano./ Desinencia de las proteínas.
8. Insula./ Sangre de los dioses.
9. Comienza.
10. Prefijo: huevo./ Echa a perder las plantas el calor o la sequía./ Dentro de.
11. Hombres de mar.

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa las palabras de la lista. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

ARDID - ARGUCIA - ARTIFICIO - ARTIMAÑA - ASECHANZA - ASIDERO - ASTUCIA - AÑAGAZA - CAMELO - CELADA - CHASCO - DISIMULO - DOLO - EMBELECO - FRAUDE - TRAMPA - TRETA.

S	E	A	A	I	C	U	G	R	A	C	O
N	A	S	R	T	R	A	M	P	A	E	I
D	D	Ñ	E	T	S	R	A	D	D	M	A
V	I	E	A	T	I	R	D	O	A	B	R
A	D	S	U	G	O	F	O	L	L	E	T
L	A	C	I	L	A	R	I	O	E	L	I
O	I	R	E	M	E	Z	T	C	C	E	M
A	Q	M	D	D	U	U	A	R	I	C	A
E	A	T	I	I	O	L	D	O	E	O	Ñ
C	S	S	R	E	D	P	O	I	T	T	A
E	A	S	E	C	H	A	N	Z	A	N	A
E	D	U	A	R	F	O	C	S	A	H	C

SOLUCIONES

